

2.ª EPÍSTOLA DE JUAN

La segunda y tercera epístolas de Juan hacen hincapié en la verdad. La presente carta advierte a los fieles de la recepción de aquellos que no enseñan la doctrina cristiana, especialmente la verdad acerca de la persona de Cristo. La tercera alienta a los creyentes a recibir y ayudar a quienes sí la enseñan. En consecuencia, ambas cartas (la segunda, sobre todo) ponen su énfasis en la verdad.

El apóstol amaba a esta dama elegida *en la verdad*, como también lo hacían por amor todos aquellos que conocían la verdad. Deseaba que la dama fuera bendecida en ella y en el amor, y se regocijaba al ver que varios de sus hijos habían tomado este camino. Tenía el deseo de comprobar el amor mutuo entre los cristianos, pero esto consistía en que debían guardar los mandamientos, dado que muchos engañadores habían salido peregrinando por el mundo. Ahora bien, cualquiera que transgredía y no permanecía en la doctrina cristiana, no tenía a Dios. Termina su epístola, que hemos resumido casi al completo, exhortando a esta dama en el supuesto de que alguien viniera sin ser el portador de esta doctrina, para que no le recibiera en casa ni le dijera «Dios te bendiga, él sea contigo», o «yo te saludo». Porque hacerlo sería hacerse cómplice del mal que propagaban.

La falsa doctrina que corría allende Palestina en aquel momento era la negación de la verdad del Cristo encarnado, pero el apóstol dice de manera general que, si alguien cometía transgresión y no permanecía en esta doctrina, no tenía a Dios.

Aprendemos varias cosas importantes en esta breve epístola. La misión de un predicador nunca se cuestionaba, sino la doctrina que propagaba; si traía una sana enseñanza, era bienvenido.

Una mujer que tenía la Palabra —como esta epístola, por ejemplo— estaba capacitada para juzgar su doctrina y era responsable de hacerlo bien. Se debía mantener un rigor escrupuloso si se atacaba la doctrina sobre la persona de Cristo. La puerta debía estar cerrada para quien la falseara. Ni siquiera podían decir «yo te saludo», porque quienes lo hacían se hacían partícipes de su malvada obra, y solo servía para dar fuelle a los ardides de Satanás.

Además, fingir un amor que no sostiene la verdad, sino que se adapta a lo que no es, no se corresponde con el amor como Dios lo considera. Es abusar de su nombre, y esto favorece las seducciones satánicas. En los últimos tiempos, la prueba del verdadero amor consiste en desear mantener la verdad. Dios quiere que nos amemos los unos a los otros, pero el Espíritu Santo, por cuyo poder recibimos la naturaleza divina y derrama su amor en el corazón, es el Espíritu de verdad, siendo su función glorificar a Cristo. Por tanto, es imposible que un amor que tolere una doctrina que le contradice y es indiferente a él pueda venir del Espíritu, menos aún si exhibe tal indiferencia como la supuesta demostración de este amor.

La doctrina de la recompensa, y la corona de gloria que el obrero posee en los frutos de su ministerio, se presentan bajo una luz muy clara en el v 8. Esta segunda epístola pone a los cristianos en guardia contra toda ambigüedad sobre la persona de Cristo, y los exhorta a ser inamovibles en esta cuestión.